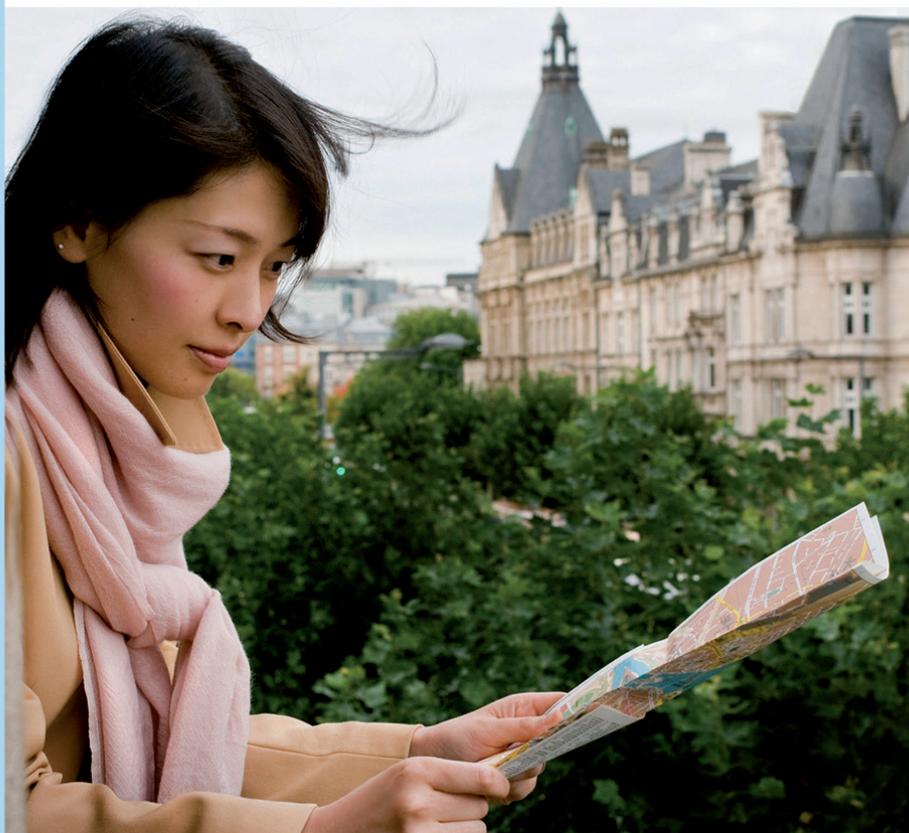


YOKO OGAWA

Perfume de hielo



«Una construcción sin fallos, magnífica novela sobre el duelo y el conocimiento del otro, que nos lleva de Praga a las montañas niponas.»

(MICHEL GRISOLIA — *L' EXPRESS*)



Perfume de hielo

COLECCIÓN
LITERADURA

Yoko Ogawa

Perfume de hielo

Traducción de Yoshiko Sogiyama y Héctor Jiménez Ferrer



Primera edición: noviembre de 2009
Segunda edición: junio de 2015

Título original: *Koritsuita Kaori*
© Yoko Ogawa, 1998, 2009
Edición original japonesa publicada por Gentosha, 1998, Tokyo

*Derechos de traducción acordados con Yoko Ogawa a través del Japan Foreign Rights
Center y Ute Körner Literary Agent, S. L.
www.uklitag.com*

© de la traducción, Yoshiko Sogiyama y Héctor Jiménez Ferrer, 2009
© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2009
c/ Flamenco, 26 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

ISBN: 878-84-96601-76-5
Dep. Legal: M-48491-2009

Maquetación y cubierta: Miguel Ángel Ruz Viana.
Motivo de la cubierta: *Yukiko in the other Prague*, 2009, © Andrés Lejona

Impresión y producción gráfica: AFANIAS Industrias Gráficas

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

Perfume de hielo

EL VUELO DE VIENA-SCHWECHAT a Praga llegaba con cinco horas de retraso. Preguntara a quien preguntase, nadie me explicaba la verdad sobre el retraso. Encogían la cabeza entre los hombros con cara de desolación, o bien me hablaban deprisa en un idioma que yo no comprendía.

La puerta de embarque C-37 se encontraba en el extremo del edificio. Había muy poca gente y todo estaba en silencio. Ni música de fondo, ni agitación de viajeros, sólo las voces de megafonía que resonaban de cuando en cuando y se oían con dificultad, con interrupciones, como si los altavoces estuvieran estropeados.

La cafetería estaba a punto de cerrar. El chico que me había preparado el bocadillo hacía un rato que estaba fregando

el suelo. Las luces de la barra estaban apagadas, y los vasos, secos y recién lavados, estaban alineados boca abajo sobre un paño.

Fuera, era ya completamente de noche. Las luces anaranjadas de la pista la iluminaban casi imperceptiblemente. Un avión acababa de despegar. Fue haciéndose pequeño lentamente, como un punto tragado por la lejana oscuridad.

Una vieja de raza blanca estaba tumbada en un banco, acurrucada, con una bolsa a modo de almohada. A un padre y su hijo —que parecían de origen chino— se les caían las migas de los bollos que estaban comiendo. Un bebé empezó a lloriquear sobre el pecho de su madre. Todos esperábamos el avión.

Intenté calcular cuántas horas habían pasado desde que salí de Japón, cuántas horas había pasado sin dormir. Pero mis intentos resultaron inútiles. Sumaba y restaba las siete horas de diferencia horaria, pero acabé haciéndome un lío. Estaba tan cansada que se me habían paralizado las neuronas.

Quien se encargaba de hacer siempre cualquier tipo de cálculo era él, fuera el cálculo que fuera. Convertir la fecha de nacimiento de alguien al calendario occidental, sumar los gastos de un viaje de trabajo, apuntar la puntuación del bowling, darse cuenta de un error en el cambio del taxi...

Hiroiyuki era capaz de dar siempre con la solución correcta. Sólo con que yo balbuceara «eh...», él siempre estaba a

mi lado mostrándome el número correcto. Nunca avasallaba, ni mostraba una pizca de jactancia, más bien parecía querer pedirme perdón. «Como tenías cara de estar apurada, me ha salido de la boca sin querer. Si me he entrometido, espero que me perdones...», eso parecía querer decir.

58, 37 400, 1 692, 903... Sus respuestas sólo eran cifras. No tenían más que ese significado. Pero el momento en el que él murmuraba aquello me gustaba más que ningún otro. El sonido inquebrantable de los números me tranquilizaba. Era capaz de sentir que él estaba a mi lado.

De repente se oyó un trueno. Relampagueó fuertemente allá donde el avión había desaparecido hacía un momento. A continuación empezó a granizar.

Al principio pensé que se habían roto los cristales de la sala de espera. Un sonido espantoso, como si se hubiera derrumbado algo sólido, envolvió todos los alrededores. Una anciana se levantó, y a un bebé aturdido se le cayó el chupete. Todo el mundo miró hacia fuera.

El granizo relucía como si fueran esquirlas de vidrio. Al aguzar la vista, podía verse cada trocito de hielo reflejado en la oscuridad. Varios trozos se hicieron añicos tras chocar contra las ventanas.

Cuando quise darme cuenta, nuestro avión ya estaba parado al lado del edificio. Podían leerse las letras «CESKY» en el fuselaje. ¿Cuándo y por dónde había llegado? Me levanté

y me acerqué a la ventana. Una larga sucesión de vagones de carga con las maletas se aproximaba serpenteando.

El granizo seguía cayendo tanto sobre las hélices como sobre las ruedas y las alas. La puerta se alzó, e instalaron la escalerilla. Volvió a tronar aún más fuerte, y el bebé comenzó a llorar de nuevo.

El avión expuesto al granizo parecía más pequeño de lo que era. Era como si fuese un pequeño pájaro herido y extenuado. En la pantalla electrónica de información por fin empezaron a parpadear las luces que indicaban nuestro embarque.

Cuando me llamó una enfermera del hospital para informarme de la muerte de Hiroyuki, yo estaba planchando en el salón comedor.

—¿Cómo? ¿Qué me ha dicho? —le pregunté a la voz desconocida que sonaba a través del auricular.

—Se ha suicidado en el trabajo. Bebió etanol en estado puro.

Me extrañó que una mujer desconocida pudiera hablar con tanto detalle sobre Hiroyuki. Lo encontré injusto.

—Venga ahora mismo. Es el centro de urgencias, primer piso justo en la entrada oeste.

Etanol en estado puro. Sabía de qué etanol se trataba. Estaba puesto abajo del todo en el estante de perfumería. Como veía

con mucha frecuencia la figura de Hiroyuki trabajando en el taller, me conocía de memoria cualquier detalle de aquel lugar. Estaba en un frasquito de color marrón, con un tapón rojo. Era un frasquito redondeado y parecía pesado. Tenía pegada una etiqueta blanca. Creí recordar que sólo le quedaba un dedo.

—¿De acuerdo? —me insistió la enfermera.

Me puse delante de la tabla. Volví a planchar las camisas de Hiroyuki que había dejado a medio hacer.

Sabía que debía irme inmediatamente. Debería haber cogido un taxi, metiendo nada más que la cartera en el bolsillo, y haberme apresurado en ir al hospital dejándolo todo.

Sin embargo, mis manos seguían moviendo la plancha inconscientemente, como si quisieran decir que lo más importante en aquel momento era cumplir con su obligación hasta final. Planché cuidadosamente las arrugas del cuello de la camisa. Aunque su dueño estuviera muerto...

La morgue estaba en el sótano. Al pasar por un pasillo estrecho y largo, el suelo de linóleo chirriaba con cada una de mis pisadas. Estaba segura de que cuando le había dicho «hasta luego» aquella mañana, no había habido nada extraño. Con la bolsa en la que llevaba útiles de perfumería colgada al hombro, se había colocado delante del espejo para comprobar si llevaba bien puesta la corbata, y se había marchado diciéndome «hasta luego» con la mano en alto.

La noche anterior habíamos tenido una pequeña celebración los dos solos. Era justo el primer aniversario desde que habíamos empezado a vivir juntos. Preparé un *meat loaf*, su plato favorito, y también una tarta de manzana de postre. Abrí una botella de champagne, y me la bebí yo sola. Aunque le ofrecí una y otra vez, él no lo probó. Era habitual. Él nunca probaba el alcohol, decía que le perjudicaba el olfato. En lugar del champagne, repitió un trozo de tarta.

Por primera vez, me regaló un perfume que había creado para mí. Era un regalo que nos habíamos prometido desde hacía mucho tiempo. Cada vez que le apremiaba, solía decirme, bajando los ojos, confuso:

—No es tan simple como piensas. Tengo que conocerte aún más, con detenimiento...

A ese perfume le puso el nombre de «Fuente de memoria». El frasquito esbelto y translúcido era realmente sencillo. La curva era desigual, y tenía algunas burbujas. Al examinarlo a la luz, parecía que aquellas burbujas bailaban dentro del perfume. El tapón, a diferencia del de los de los frascos corrientes, estaba finamente tallado. El motivo era un plumaje de pavo real.

—El pavo real es el mensajero del dios de la memoria —dijo, y al hacerlo destapó el perfume, deslizó los dedos por mis cabellos, y puso una gota del perfume detrás de mi oreja.

No había motivo para suicidarse al día siguiente de una noche tan importante para nosotros. Desde hacía un rato me hacía la misma reflexión una y otra vez. Si ya había decidido suicidarse hacía tiempo, y simplemente estaba esperando a terminar el perfume, y no quería causarme mayores pesares, no hubiera debido terminarlo.

El espacio habilitado para velar el cuerpo era frío e incómodo. Sólo había espacio suficiente para las personas que estaban de pie alrededor de la camilla donde yacía Hiroyuki. Allí estaban Reiko, la profesora Reiko del taller de perfumería, y un joven desconocido. Reiko me dirigió una mirada e intentó decir alguna cosa, pero acabó balbuceando algo con un suspiro que no llegó a convertirse en palabra.

Puse la mano en la frente de Hiroyuki. Tenía un semblante tan dulce que no pude evitar hacerlo. No pude creer que se tratara de la cara de una persona muerta y que se descompondría si se le dejaba así.

—Lo siento mucho —dijo Reiko—. Si me hubiera dado cuenta antes, no habría pasado todo esto... Yo estaba fuera desde por la mañana, le había encargado que cuidara del taller en mi ausencia. Cuando llegué, él estaba tirado en el suelo. No me puedo creer que se haya envenenado. Debí volver más temprano. Al principio pensé que me estaba gastando una broma. Que me estaba tomando el pelo o algo así. Pero por mucho que le llamé y lo sacudí, no me contestó. Había

un frasquito vacío de etanol puro a sus pies. Cuando lo vi me puse a temblar de los pies a la cabeza. No podía respirar bien, como si yo misma me lo hubiera tragado... Pero Hiroyuki no parecía sentir ningún dolor. Créeme. Con la boca cerrada, los ojos cerrados, parecía estar oliendo algún aroma en cuerpo y alma. Sí, de la misma manera en que lo hacía siempre allí. Parecía como si tras haber intentado atraer un olor muy lejano hacía sí, se le hubiera parado el corazón sin darse cuenta...

Una vez empezó a hablar, Reiko no pudo parar. Una tras otra dejaba caer las palabras como si fueran lágrimas. En el cuarto de la morgue no flotaba más que su voz.

Él tenía las mejillas tibias. Era el tacto de la piel que había tocado tantas veces hasta entonces. Pero enseguida me di cuenta de que sólo era una ilusión. En realidad estaban tan frías que casi dolían. Era sólo el calor de la palma de mi mano, por haber planchado la camisa.

—¿Por qué te bebiste algo tan desagradable? —dije.

Según me contó después Reiko, simplemente murmuré eso en un tono calmado, sin gritos ni lágrimas.

Yo no recordaba nada. Reiko comenzó a hablar sin poder aguantar tanto silencio.

—Menos mal que ha venido su hermano. Nosotras dos solas no habríamos sabido qué hacer, ni cómo, ¿verdad? Es mejor que se reúnan el máximo de personas cercanas, sino sería demasiado triste. Él estaba tan solo. En el rinconcito

del taller de perfumería... Sólo lo rodeaba el olor del perfume que había acabado ayer...

—Fuente de memoria —murmuré. Pero no llegó a oídos de Reiko.

Pensé en cómo podría conservar el cuerpo de Hiroyuki tal y como estaba en aquel momento. Sabía que era imposible resucitarlo. Aunque no era eso. Es que no quería verlo convertido en huesos y cenizas. El hecho de que desapareciera su cuerpo me parecía lo más horroroso. Me producía más terror que la propia muerte. No me importaba que estuviera frío. Me daba la sensación de que podía mantenerlo, de una u otra manera, si conservaba el tacto de sus mejillas en la palma de mi mano.

Primero necesitaría unas telas de seda limpia y de calidad. Mucha cantidad para poder vendarlo tantas veces como quisiera. Y mirra. Era lo más importante. Un día Hiroyuki me explicó que era la sustancia que dio origen a la palabra «momia». «Es una medicina sagrada que produce la regeneración, porque es eficaz para esterilizar y conservar, y se ha estado quemando en honor de los dioses desde el año 4 000 antes de Cristo».

¿Por qué habíamos estado hablando sobre momias? Ya no lo recuerdo. Él sabía muchas cosas que yo desconocía. Todas eran historias relacionadas con los perfumes. Cuando me las contaba, me producía admiración, diversión, enternecimiento...

«A continuación, se extraen la sangre y las vísceras. Nunca se hace con demasiado cuidado. Se sacan sin olvidar siquiera el más diminuto pliegue intestinal o un trozo de membrana finísima del cerebro. Luego se rellena todo con la mirra. Hay que estirar bien la piel para no deformar la figura original. Por supuesto, también el interior de las mejillas. Para terminar, se venda el cuerpo con la seda remojada en mirra y se espera hasta que se impregne. No hay nada que temer. Se ha hecho tanto con Lenin como con Eva Perón».

¿Estaría todavía el frasquito de mirra en el estante del taller? ¿Por qué Reiko no hacía más que charlar de cosas tan poco interesantes y no había traído el aroma más importante? Ahora que era lo más necesario para nosotros...

—Hablábamos por teléfono dos veces al año, en eso habíamos quedado entre nosotros.

Sorprendida, al oír una voz desconocida, levanté la cara. Mi mano aún estaba sobre la mejilla de Hiroyuki.

—El día del aniversario de la muerte de nuestro padre le llamaba yo. Y el día del cumpleaños de nuestra madre, él a mí. Si no elegíamos días así, se nos olvidaba.

Era el chico que estaba al lado de Reiko. Pronunciaba con prudencia cada palabra, agarrando el borde de la camilla. Al bajar la cabeza, una luz imprecisa iluminó su perfil.

Era exacto al de Hiroyuki. Se podría incluso haber pensado que era realmente Hiroyuki. Ese instante me hizo volver a

la realidad. Mis dedos, que tocaban las mejillas, se quedaron helados.

¿Su hermano? ¿Hiroyuki tenía un hermano? Nunca hablaba de su familia. Me dijo que todos habían muerto. Nada más. «Todos murieron...» Pensaba que no había otra frase más propia de él. Siempre estaba sentado en el taller acristalado de perfumista. Como si hubiera estado así desde antes de nacer, oliendo sin moverse durante horas.

Sólo con que el ángulo de la luz hubiera variado ligeramente, podría haber visto su cara más claramente. Desvié la mirada de él precipitadamente. Los labios de Hiroyuki aún estaban lozanos, el cabello recién lavado estaba suave, y la nariz, que para él era lo más importante, no había perdido su hermoso perfil a pesar de estar bajo una luz tan escasa.

—Hoy es el aniversario de la muerte de nuestro padre. Era el día en que debía llamarle yo a él. ¿Acaso ha elegido este día para que yo me enterara pronto? —dijo sin dirigirse particularmente ni a Reiko, ni a mí, ni al propio Hiroyuki.

Aparté la mano de la mejilla. Reiko se echó llorar desconsoladamente. Un aire frío entró de no se sabe dónde, porque no había ventana.

Puede que, en efecto, el hecho de haber elegido aquel día no fuera por lo del perfume prometido, sino por consideración hacia su hermano pequeño. Es posible que quisiera morir el mismo día que su padre.

Me di cuenta de que estaba celosa de ese hermano desconocido. Este sentimiento tan inadecuado me desconcertó, me descolocó y me dejó abatida. Luego me produjo verdadero dolor y miedo por haber perdido a Hiroyuki.

La persona que vino a buscarme al aeropuerto en Praga era un joven de quien podía decirse incluso que era un adolescente, pues tenía una cara muy inocente. Estaba de pie, con la espalda encorvada, y las manos metidas en los bolsillos de la cazadora de cuero. Al identificarme, me estrechó la mano sonriendo tímidamente. Tenía un cuerpo atlético y bien proporcionado, y llevaba puestos unos pendientes dorados.

—Perdone por haberle hecho esperar tanto. Es que el avión llegaba con mucho retraso —dije.

Él, con la cabeza baja, dijo algo muy bajo que no entendí.

—Estaba preocupada por saber si se habría ido sin poder esperar más. Qué iba a hacer yo si me hubiera dejado sola en plena noche. Muchas gracias, de verdad.

El joven asintió con la cabeza imprecisamente, se abrochó los botones de la cazadora de cuero y me hizo un gesto con los ojos como diciendo que nos fuéramos de todos modos. Tenía el cabello castaño ondulado y los ojos del mismo color.

—Oiga, es usted el guía de la Agencia de viajes Čedok, ¿verdad? —le pregunté en inglés esta vez, por probar.

Sin embargo, su reacción fue la misma. Simplemente pro-

nunció dos o tres palabras, que me parecieron checas. Parecía estar pidiéndome perdón, o bien parecía querer decirme que no me preocupara.

—Les insistí tanto que fuera un guía que supiera japonés... Pero, ¿qué habrá pasado? ¿Tampoco sabe inglés? ¿Ni siquiera un poco?

Él, en lugar de contestarme, cogió la maleta por el asa y tendió la mano discretamente hacia mi bolsa de viaje, como si quisiera decir «si quiere se la llevo también». Yo sacudí la cabeza, y entonces retiró sus manos enseguida.

—Tiene que ser una persona que conozca el idioma. Porque tengo muchas cosas que averiguar y debo entrevistarme con varias personas. No es simple turismo, sabe. Habíamos quedado hoy para fijar mi programa... Claro que no esperaba yo que el avión llegara con tanto retraso. ¿Vendrá mañana un guía tal y como les pedí?

Aun sabiendo que no serviría de nada lo que le dijera, preferí seguir hablando de mis preocupaciones. Estaba extrañamente nerviosa por no haber dormido.

El joven me prestó atención como si lo entendiera todo, y sonrió sin decir nada después de mirar un punto en el aire durante un buen rato. Luego cargó la maleta en el asiento trasero de la furgoneta, sin hacer ruido. Como no quedaba más remedio, yo también mostré una cara sonriente. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Debía de haber llovido también en Praga, pues las calles estaban mojadas. Los árboles en la calle, el asfalto, y los carriles del tranvía brillaban por las gotas de agua. Las farolas de color crema alumbraban en la oscuridad. Por mucho que nos acercáramos al centro de la ciudad, apenas había gente. Tan pronto aparecía un hospital de construcción sólida, rodeado por un muro de ladrillos y unos altos árboles de hoja perenne, como se veía una gasolinera de aspecto miserable que amenazaba ruina. Un bosque tenebroso, la terminal de autobuses, una fuente en un parque, una tienda de comestibles, la oficina de correos. Todo el mundo estaba ya durmiendo. La furgoneta torció en varios cruces y avanzó cogiendo velocidad. En el asiento trasero, la maleta y una caja negra, que parecía ser del chico, producían ruido al chocar una contra otra.

— ¿Cómo te llamas? —probé a decir desde su espalda. Lo repetí despacio dos veces en inglés. Él volvió la cabeza, me miró con ojos simpáticos, y agarró el volante de nuevo.

—Yo soy Ryoko. Mi nombre es Ryoko. Ryo-ko. ¿Entiendes?

Ahora toqueteé con el dedo índice su espalda. Él, sintiendo cosquillas, se retorció y asintió con la cabeza.

—Ri-yooko.

La pronunciación era deficiente, pero por lo menos me había entendido.

—¿Y tú?

—Jeniack.

Puso el intermitente y giró a la izquierda. No se oía bien debido al ruido del motor.

—Je-niak —repitió en voz baja, como con reservas.

Qué nombre más difícil de pronunciar, pensé. Tuve la sensación de que mi cabeza, de tanta fatiga, no sería capaz de recordarlo.

De repente, señaló al exterior con el dedo. Yo, sorprendida, acerqué la cara a la ventanilla. Sin darme cuenta, pude ver el río Moldava. El curso de agua, amplio y tranquilo, se disolvía en la oscuridad, y más adelante aparecía el Puente Carlos. En la cima de la colina, el Castillo de Praga dominaba el puente.

Una luz especial iluminaba el puente y el castillo. No era un alumbrado intenso, pero destacaban claramente los ornamentos elaborados en las torres y el contorno de las figuras de los santos formando fila en los muretes del puente. Tenía la sensación de que aquel lugar era un paraje rescatado de un lugar tan profundo que ni siquiera llegaba allí la oscuridad.

Redujo la velocidad, para que yo pudiera ver el paisaje el mayor tiempo posible.

—Jeniack —dijo, de nuevo.

—De acuerdo. Ya lo he entendido. Es un nombre muy bonito —le contesté.

El hotel se encontraba a dos o tres minutos a pie hacia el norte, metido en un estrecho callejón junto a la Catedral de

Nuestra Señora de Tyn, que da a la plaza del barrio antiguo. Era un viejo edificio de cuatro pisos, y todas las luces estaban apagadas excepto las bombillas de la recepción. Cada vez que subía, de uno en uno, los peldaños de la empinada escalera, se oía un chirrido. La alfombra granate estaba desgastada y llena de manchas.

Me senté en el borde de la cama y saqué de la bolsa el frasco de «Fuente de memoria». Comprobé al trasluz si el cristal del frasquito se había rayado después del largo viaje.

Con sólo agitar el frasquito, podía ya percibirse la fragancia. Era el olor del rocío sobre una hoja de helecho en un bosque profundo. El olor del viento que sopla al atardecer poco después de cesar la lluvia. O bien el olor del instante en el que despierta el brote del jazmín.

Pero quizás sólo fuera el recuerdo revivido del olor que me puso Hiroyuki aquella noche. No era capaz de distinguir de dónde venía aquel olor.

La habitación tenía unos techos muy altos y era demasiado espaciosa para mí. Estaba vacía, no había nada más que una cama sencilla, un tocador y un ropero. La puerta del ropero estaba rota y medio abierta. Las cortinas, con dibujos suntuosos, tenían una buena caída, aunque el sol las había ajado.

Deslicé los dedos por las plumas del pavo real talladas en el tapón. No lo había abierto ni una vez desde que murió

Hiroyuki. Tenía miedo de que disminuyera el contenido y de que con el tiempo desapareciera.

Recuerdo el momento en el que la punta de su dedo me tocó el pequeño hueco detrás de la oreja. Primero abrió el tapón con las manos, como de costumbre. Podía abrir cualquier tipo de tapón muy rápido y con elegancia, ya fuera el tapón blanco del agua aromática destilada, el tapón con cuentagotas de las esencias de flor o el tapón rojo del etanol puro.

Luego mojó el dedo índice con una gota del perfume, levantó mi pelo con la otra mano, y tocó el sitio más caliente de mi cuerpo. Cerré los ojos y permanecí inmóvil. Así podía oler más profundamente el perfume, y podía sentirle aún más cerca de mí. Se escuchaban los latidos de su corazón y podía sentir su aliento en mi frente. Su dedo índice permanecería mojado durante mucho tiempo.

Agarré el frasquito con fuerza, y me dejé caer en la cama. Sabía que tenía que dormir. Pero no era capaz de recordar cómo se hacía. Aunque intenté calmarme, resurgía en mí todo tipo de sensación táctil que me había provocado él. Tenía la sensación de que sólo con inclinar el cuello y alargar la mano detrás de la oreja, podría tocarle. Parecía que podía acercar su dedo índice, acariciar con él mi mejilla o meterlo en mi boca. Pero lo que tenía dentro de mi palma era sólo el frasquito de perfume.

La maleta seguía tirada en el centro de la habitación. Unos billetes extraños, recién cambiados, desbordaban de mi bolsillo. La persiana de la ventana estaba bajada, y por mucho que prestara atención, no me llegaba el sonido de la ciudad. Comprendí entonces que había ido a un lugar muy lejano.